

Sólo faltaba que llegara la avioneta para empezar la fi esta. Su aterrizaje estaba previsto para las once a eme, según lo anunció el piloto a través de su radio, pero podía demorarse cuando mucho un par de horas. La pista clandestina tenía una extensión de un kilómetro y medio y en vez de pavimento estaba cubierta de una gravilla greda, en suelo reparado bien cuidado. Proveniente de Colombia, el artefacto de turbohélice cargaba nada menos que con dos toneladas de cocaína pura, repartidas en sacos de diez kilos. Una tonelada se quedaría en México, mientras que la otra tenía como destino los United. Por lo pronto, el tiempo no era bueno, siendo lo más probable que el piloto, en pleno vuelo, se viera obligado a hacer algunos rodeos aéreos nada fáciles. ¿Angustia?, cada vez menos, dado que la gente de acá abajo tenía bastante fe, mucha más que el piloto, que no era un vato muy ducho en eso de controlar los nervios. Ahora hablemos del sinsabor habido en general, pero sobre todo del de los cuatro jefes con sombrero que oían la voz rasposa salida de su radio. La apretura del cuartucho donde se hallaba el aparato contribuía a que la resonancia fuera toda una gama de variadas estridencias. Hasta eso que el 166 piloto parecía hacer rebane con sus avisos trancos: esos modos agudísimos de decir «ya mero llego a tiempo, ¡ojalá y sí!». ¡Qué ganas de repetir y desesperar! Pero dieron las once; luego las once y media; luego las doce y ¡no!... Faltaban diez minutos para dar la una exacta y... No, ni apenas ningún ruido en la gravilla aquella. De modo que se antoja darle una repasada a lo que estaba listo desde temprana hora: una gran cantidad de mesas con mantel, al aire libre, a causa del calor. Mesas con acomodo de cubiertos de plata, con platos de caolín y vasos de Murano: todo vacío, si bien. Y lo de la comida, sólo basta que decir que se mataron –al alba todavía– a una res y a un marrano; se les mató con una cuarterola para que aquellas bestias se murieran a gusto, con apenas dolor al taz a taz. Después se dio lo bueno: el primor de carnitas en sazón al igual que las salsas regañonas: lo que se preparó con dilación: frijoles charros y arroz entomatado: como acompañamiento. Pero lo que de veras se antojaba era el baile agarroso, para lo cual se contrataron a dos grupos de música norteña: Los Rurales y Los Imprudentes. En fin, se estableció una regla no agradable: nadie debía portar pistola, por aquello de... ya saben... ¡ningún disparo loco! Y con esto... pues... sí... aunque... bueno... ya

puede decirse que el fandango iba para largo. Ahora que en cuanto a mujeres... uh... sobraban, y todas de buen ver; también sobraba el pisto: empezando, ¡claro!, por las cervezas claras metidas en hieleras que, cierto –ahora sí toca volver a lo anterior–: si se tardaba la avioneta, ¡uf!: los derretimientos de hielo, o sea: los renuevos obligados: picar, picar, para repartir, ¿eh? Pero no, porque al fi lo de la una y diez arribó la avioneta con tambaleo vivaz, casi tranquilamente, sin embargo: su estruendo, su polvareda hucha... Y ahora sí lo que importa: aparte de la coca susodicha, venían dos peces gordos: jefazos altaneros, con pistolas al cinto y gafas bien ahumadas. Luego ocurrió lo grande: las oleadas de bu-lla a tutiplén, el palabrerío suato y todas las sonrisas.